

**RAÚL BRAVO**



De qué hablamos cuando  
hablamos de leer



DE QUÉ HABLAMOS CUANDO  
HABLAMOS DE LEER

Primera edición, 2022.

D.R. © Raúl Bravo

D.R. © Editorial Los Otros Libros  
Pedro Hernández de Valenciano Núm. 36  
Fracc. Mineral de la Hacienda. C.P. 36250  
Guanajuato, Gto., México  
[www.losotroslibros.com](http://www.losotroslibros.com)

Cuidado de la edición: Ana Paulina Calvillo

Impreso en México  
*Printed in Mexico*

ISBN: 979-835-91-04-517

Los Otros Libros promueve la libre difusión arte y la cultura, es por ello que alienta a sus lectores a descargar y compartir sus publicaciones.

DE QUÉ HABLAMOS CUANDO  
HABLAMOS DE LEER

Raúl Bravo



LOS OTROS LIBROS

El contenido de este libro es el resultado de la lectura del *Diagnóstico sobre hábitos de lectura en Guanajuato*, investigación realizada por la Universidad de Guanajuato en coordinación con el Centro de Vinculación con el Entorno VEN y publicada por la casa editora del Instituto Estatal de la Cultura, Ediciones La Rana, 2020.

*Uno lee para hacer preguntas.*

FRANZ KAFKA



## 1. Leer tiene una historia

En 1984 se descubrieron en Siria dos tablillas rectangulares y ligeramente ovaladas en sus extremos, fabricadas aproximadamente en el cuarto milenio a.C. Son objetos sencillos. Acaso lo que las destaca son pocas y pequeñas marcas: una muesca o agujero que se hace en una cosa para encajar otra en uno de los extremos y, en el centro, un esbozo hecho de seguro con el dedo, que asemeja a un animal. En una de las tablillas el dibujo parece una cabra y, en la otra, se asemeja más a una oveja.

La muesca, dicen los arqueólogos, representa el número diez. La historia de la cultura escrita en Occidente podemos atrevernos a señalar que se inició con esas modestas tablillas. Como podrán observar, no tiene que ver con el relato de unos versos, alguna heroica aventura o tragedia sucedida hace miles de años. El asunto es más simple y denota una cuestión más práctica para el meticoloso granjero o pastor, supuesto dueño de dichas tablillas.

Así las cosas, una de las posibles raíces de la lectura-escritura como práctica sociocultural se remonta a sendos mensajes: “Aquí había diez cabras”, “Aquí

había diez ovejas”. Si pudiéramos preguntarle a ese ancestro común una definición de lectura, no dudo que su respuesta sería: *una práctica contable y evocadora*.

Esta perorata tiene solo una finalidad, dejar asentada una verdad de Perogrullo: “Leer tiene una historia” (Robert Cantón). Historia que recorre un sinnúmero de contextos socioculturales que al parecer se retroalimentan porque estamos hablando de si la lectura es una práctica universal, es decir, si tiene que ver con ciertas habilidades que, si bien son susceptibles de ser aprendidas, también las podemos considerar inherentes al ser humano.

En esta larga historia, la lectura no siempre ha sido la misma; nunca hemos leído de la misma manera, como tampoco nadie lee del mismo modo. En este sentido, en la historicidad de esta práctica social lo que ha variado son los modos de comprensión y de apropiación de los textos. En el caso de la apropiación podemos apreciar la relación entre el “mundo del texto” y el “mundo del lector” en los diversos soportes mediante los cuales el texto se presenta. Porque debemos de recordar —no importa que esto sea un fastidio— que los autores no escriben libros: no, escriben textos que se transforman según el avance tecnológico de la época en objetos dentro de la cultura escrita: un

libro grabado (fijado) en una piedra, en un hueso, en la concha de una tortuga, en un papiro, en un rollo de piel, manuscrito en una hoja de papel; impreso –ahora sí– en un libro, almacenado en un lector digital como libro electrónico, descargado de la nube a una tableta, ordenador o celular.

Por el lado de la comprensión, insistimos también en que no existe el lector como individuo, sino, por el contrario, comunidades de lectores o “comunidades de interpretación” (Stanley Fish) que comparten las mismas competencias, usos, códigos e intereses.

En realidad, la cultura escrita ya no es el principal instrumento de culturalización que posee el hombre contemporáneo; ha sido desbancada desde el siglo pasado en la cultura de masas por la televisión, y en el presente siglo por la Internet.

Es así que, para entender lo que significan “hábitos de lectura”, siempre es conveniente en primer lugar “obtener” una fotografía del “estado de cosas” que guardan los procesos lectores en una determinada comunidad. Y si bien es escasa la literatura en este ámbito, en el estado de Guanajuato existe un trabajo constante desde diferentes frentes: educativo, cultural, así como desde iniciativas individuales y colectivas que hay que aprovechar.



## 2. Construir un concepto

Es aquí donde un diagnóstico sobre hábitos lectores entre la población guanajuatense, propiciado por el Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato, en colaboración con el Centro de Vinculación con el Entorno de la Universidad de Guanajuato, inaugura otra manera de reflexionar, discutir y analizar los procesos lectores, pero, sobre todo, de “formular, reconsiderar y fortalecer las acciones del Instituto en esta materia”, es decir, de generar políticas públicas acordes con las supuestas características de los lectores guanajuatenses, al contar con información específica a este respecto.

Lamentablemente también ha permitido percatarnos de ciertas nociones que, a lo largo de los años, han permeado de manera bienintencionada pero reduccionista el entorno de una problemática social tan compleja como es la lectura en tanto concepto y práctica.

Opiniones que, por ser prematuras, devienen prejuicios que van desde el anecdotario personal (todo el mundo tiene alguna historia edificante: *sopita de*

*pollo para el alma*, diría mi abuela); las supuestas bondades inherentes a la lectura (es recurrente que las estadísticas siempre la coloquen como una habilidad reconocida por el sinnúmero de beneficios que aporta; entonces ¿por qué leemos tan poco?); cierto desenfado en la teorización (*porque todos sabemos de lo que hablamos, ¿no?*), hasta llegar a considerar que leer letras —descifrar un código lingüístico— es la única correlación del supuesto lector con su entorno, en el entendido de que *leer o no leer* como dicotomía no tiene ningún sentido si no logramos ver la fotografía completa para reconocer, entender y comprender lo que significa la lectura en el desarrollo de ciertas competencias de índole social. En otras palabras, construir un concepto.

Ya sabemos que leer no solo es descodificar un mensaje —en este caso— lingüístico. No se trata, por tanto, de un proceso automático (no solo leemos en sentido literal), sino por el contrario, detona una serie de mecanismos psicológicos (de imaginación, de representación e interpretación, pero también de inteligibilidad, de comprensión y de comunicabilidad), es decir, un proceso de reconstrucción de significados y de sentidos. En resumen: leer, si bien no es el acto mismo de pensar, sí es una manera de pensar.

La huella de una mano plasmada por un milenario ancestro –varón o mujer– neandertal, no solo es un signo de existencia de un individuo dibujando en el fondo de una cueva, sino una imagen compartida en la mente de una especie, una manera de ser y estar, de identidad y pertenencia de una colectividad. Si definimos la creación (generación) de conocimiento como una de las características que definen a nuestra especie –de hecho, para algunos es la aportación más clara de la evolución biológica del ser humano, imprescindible para la supervivencia y su hegemonía en este planeta–, entonces, el conocimiento es la representación en nuestro cerebro de una imagen de la realidad. Una teoría no descabellada sobre los orígenes del propio conocimiento debió darse entonces mediante la comunicación de esas primeras historias gestuales y orales que, de generación en generación se transmitieron, hasta que esa imagen mental quedó “fija” mediante algún tipo de código (pictórico, musical, dancístico, lingüístico, en algún rito o hábito de comportamiento).

Aquí cabe preguntarnos si solo ese, supuestamente compartido, código convencional que es la experiencia del lenguaje, basta. La respuesta es sencilla: no. Además de compartir la lengua, hace falta esa

estructura que nombra la relación percibida entre los seres humanos y el universo como un libro: el relato. Ya lo ha señalado en varias ocasiones Alberto Manguel: “somos la única especie para la que el mundo parece estar compuesto de historias”. Así que nuestro código de interpretación del mundo es literario. En pocas palabras: leemos al mundo en clave literaria.

### 3. ¿Arte vs lenguaje?

Comprender cómo se ha construido un concepto tiene que ver con deconstruir los componentes de una estructura. No implica una operación negativa; por el contrario, es una manera consciente de observar los procesos de pensamiento que forman un “conjunto”.

En el sentido que aquí nos abocamos, significa “desmontar” un sistema de pensamiento hegemónico o dominante, sin destruirlo. Una de estas nociones que han generado a su vez estructuras lingüísticas, logocéntricas, fonocéntricas, etnocéntricas, es el concepto de “lenguaje”.

Los altos del Golán, en el Medio Oriente, meseta ubicada en la frontera entre Israel, Jordania, Líbano y Siria, es un área aproximada de 1800 km<sup>2</sup>, de los que actualmente cerca de 1200 km<sup>2</sup> están bajo ocupación militar de Israel, unos 235 km<sup>2</sup> están controlados por las Fuerzas de las Naciones Unidas de Observación de la Separación (UNDOF) y el resto permanece bajo soberanía de Siria. Un día como cualquier otro, pero de hace aproximadamente 230 mil años, un homí-

nido evolucionado que habitaba en la región –quizá un *Homo erectus*– rayó con una lasca un trozo de roca volcánica del tamaño de una ciruela, consiguiendo un objeto con apariencia antropomórfica, a la que se le conoce como la Venus de Berkhat Ram.

Este objeto, junto con muchos otros encontrados en África y Australia, iniciaron el largo proceso de elaboración de insinuaciones de objetos de arte y ornamentos personales, hasta llegar al epicentro de la denominada “eclosión ornamental”, situada hacia finales de la glaciación Würm, en Europa, hace 40 mil años, cuando los europeos modernos desplazaron a los neandertales.

El lenguaje humano, por desgracia, no fosiliza. No obstante, se han registrado inscripciones simbólicas de hace 13 mil años, y se ha situado el origen de la escritura hace 6 mil años. Por lo que toca al habla, lo que podemos decir es que los homínidos que habitaron África, entre los 200 mil y 150 mil años, tenían la base del cráneo idéntica a la de los humanos modernos y, por consiguiente, la anatomía necesaria –canal del nervio hipogloso y aparato fonador– de la que depende el lenguaje; pero solo hasta hace 40 mil años aparecieron los primeros comportamientos característicos de dicho sistema de comunicación.

Si algo es por demás evidente en ambos procesos, el arte y el lenguaje, es que comparten desde sus orígenes alguna clase de significado social. De hecho, sería difícil concebir uno sin el otro, aunque al parecer no coincidieran en el tiempo: la datación de las capas de carbonato que recubren las pinturas en diversas cuevas de la península ibérica, fecha su ejecución hace casi 65 mil años, hecho que revela que no fue el *homo sapiens* el primer “artista”, sino los neandertales.

Al principio se pensaba que el origen del lenguaje humano tuvo que provenir de la evolución de su aparato fonador (la cavidad bucal, la laringe, las cuerdas vocales, el sistema respiratorio), pero para algunos especialistas, nuestros antepasados estaban mucho mejor adaptados para comunicarse utilizando movimientos corporales. Esta libertad de cuerpo y manos pudo ser el inicio de la denominada “cultura mimética” hace dos millones de años, cuando la reciente condición bípeda liberó las manos al *homo erectus*. En el curso de la evolución humana, al perder el lenguaje su aspecto mimético, la vocalización reemplazó a los gestos manuales, aunque estos persistan hasta nuestros días.

Como se puede advertir, la evolución del lenguaje es algo extremadamente complejo, y pretender su

aparición a modo de una explosión evolutiva, es un poco menos que descabellado. Si viéramos ese salto evolutivo de 2 millones de años en cámara lenta, apreciaríamos de modo gradual a partir de gestos manuales y faciales, la emisión de mensajes preverbales: sonidos guturales, onomatopéyicos, que, a su vez, se van transformando en una secuencia de sonidos hablados de una lengua en particular, es decir, cierta información semántica, sintáctica y fonológica memorizada que se combina en una superestructura mental y se fija posteriormente en inscripciones y signos lingüísticos dando origen a la cultura escrita.

#### 4. ¿Qué fue primero: la gallina o el huevo?

Todo indica que el lenguaje “apareció” en nuestra prehistoria, como un método consciente de comunicación, hará probablemente unos 50 mil años. Desde sus inicios –por su naturaleza– quedaba claro que era un instrumento (método) compartido, es decir, con un fuerte e indudable carácter social o comunitario. Dicho método o instrumento se basaba en una representación común del mundo que les permitía –por esa misma cualidad convencional, donde ciertos puntos de referencia eran los mismos para un grupo de hombres y mujeres– que determinadas expresiones verbales “representaran” una realidad percibida de forma semejante. El origen de la palabra es un acto de materialización de ese entorno. El homínido al que se hace alusión no solo “ nombra ” a las cosas, les otorga sentido. Un sentido humano.

También es aquí donde nace esa tendencia que privilegia *el habla sobre la escritura*. Ya Platón por boca de Sócrates introduce un mito en el diálogo denominado *Fedro*, en el que el problema –esta oposición entre el “escribir” o el “decir” discursos–

se presenta mediante una historia que transcurre en el antiguo Egipto, cuando el dios Thot inventa el número y el cálculo, la geometría y la astronomía, pero, sobre todo, la escritura. Presenta esta última a su padre, Amon-Ra, como una suerte de “medicina para la memoria”. Su padre no ve con los mismos ojos la invención de su hijo, para el rey de los dioses, lejos de ser un remedio ocasionará lo contrario, hará más débil la memoria al debilitar su capacidad de recordar.

Así pues, el que piensa que, al dejar un arte por escrito, y, de la misma manera, el que lo recibe, deja algo claro y firme por el hecho de estar en letras, rebosa ingenuidad y, en realidad, desconoce la predicción de Ammón, creyendo que las palabras escritas son algo más, para el que las sabe, que un recordatorio de aquellas cosas sobre las que versa la escritura.

A partir de esta historia que refleja una postura platónica (la conveniencia e inconveniencia de escribir) y que subordina la escritura a la oralidad, al colocar el tiempo de la escritura lejos ya del tiempo de la vida (“escritura en el agua”), la filosofía occidental mira a la escritura como una representación secundaria e imperfecta de un lenguaje oral originario.

Tuvieron que transcurrir varios siglos para que apareciera, en pleno debate entre interlocutores estructuralistas, posestructuralistas y posmodernos –en el corazón mismo del pensamiento occidental– un pensador argelino, de origen judío, de nombre Jacques Derrida, para asumir desde una crítica renovada la tradición intelectual del sujeto moderno.

Para deconstruir este supuesto desdeñ generalizado contra la escritura, según la cual el signo y la escritura son elementos secundarios respecto al habla, Derrida dilucida un nuevo concepto: una *archiescritura*, mediante la cual afirma que la escritura abre el funcionamiento de la lengua en general. Una especie de protoescritura. Esto en el entendido de que la “escritura” significa inscripción, es decir, instauración durable de un signo gráfico o fónico.

Derrida así aventura una tesis en la cual la escritura es previa al habla, pues esta no sería sino una manifestación fónica de aquella otra “escritura”. La deconstrucción nos muestra que la lecto-escritura es solo un método de apropiación de la realidad y de transmisión de conocimientos. Cualquier intento de separarlas, como si fueran dos campos sin conexión, evidencia que no se puede ver el bosque si solo ponemos atención al árbol frente a nosotros. En cambio, el término

acuñado como “archiescritura” nos ayuda a entender el funcionamiento de nuestros procesos cognitivos por medio de estos cuadernos de pensamientos que nos permiten recrear nuevas configuraciones en la construcción de conceptos.

## 5. Todos somos lectores

Algo que no deseamos reconocer quienes nos preciamos de ser lectores –lo sabemos, pero nos cuesta confesar porque pensamos que va en detrimento de nuestro supuesto prestigio– es que *Todos somos lectores*. Lo es el viajero que durante una caminata nocturna lee por medio de un mapa de estrellas la ubicación de su destino; el arquitecto que lee los componentes materiales que va a utilizar, las cargas y contrapesos de su diseño y el terreno donde va a construir una casa; el zoólogo o el cazador, las huellas de los animales en el bosque; el jugador de cartas, los gestos de los demás miembros de la mesa antes de lanzar el naípe ganador; el bailarín, las anotaciones del coreógrafo y el público, los movimientos del bailarín sobre el escenario; el tejedor, el intrincado diseño de una alfombra que está confeccionando; el organista lee al mismo tiempo diferentes líneas de música orquestada; la madre, en la cara de su bebé, las señales de alegría, miedo o asombro; el adivino, el destino de las personas por los residuos del café en el fondo de una taza; el amante que de noche lee a ciegas el cuerpo de

su amada; el psicoanalista que ayuda a los pacientes a leer sus propios sueños por más desconcertantes que estos sean; el pescador que lee las corrientes marinas hundiendo una mano en el agua; el granjero que sabe (lee) que va a llover con solo echar un vistazo al cielo, etcétera.

Todos estos son actos de lectura, es decir, el lector no solo descodifica, sino es quien interpreta y construye el significado. Alguien dijo en alguna parte que nos leemos a nosotros mismos y al mundo que nos rodea. De hecho, no habríamos podido sobrevivir sin desarrollar esta habilidad. A menos de que se tenga un severo daño cerebral, no podemos dejar de leer en todo momento. Forma parte —desde que el ser humano lo es— de ese conjunto de funciones principales, como respirar y comer, por ejemplo.

Reitero, todos somos lectores. Irremediablemente todos los días leemos. Casi sin darnos cuenta leemos las noticias de cada mañana mientras desayunamos, las señales del tráfico, el recibo del agua y la electricidad, la cuenta del súper, la propaganda de los partidos políticos, la prescripción (si es que uno es muy diestro) del médico que nos atiende, la receta para preparar un guisado, el muro de Facebook, los 280 caracteres en Twitter, las imágenes que subimos a

Instagram, los subtítulos de las películas que rentamos en Youtube, Netflix, Amazon Prime Video, los resultados del motor de búsqueda de nuestra preferencia, el menú del restaurante, los mensajes recibidas por correo, Messenger o Whatsapp. Somos más lectores que nunca. No lo duden.

Así las cosas, siempre genera confusión cuando no queda claro de qué hablamos cuando hablamos de leer. ¿Hablamos de ese acto inconsciente?, ¿o hablamos del acto consciente, reflexivo porque es comprensivo, compasivo porque es empático? Nos hemos acostumbrado a utilizar sin distinción ese viejo término que hace ya muchos años ha dejado de significar lo que ahora representa. Es común pensar que un lector es una persona que encuentra en la lectura respuestas a sus necesidades de formación, información y entretenimiento. No obstante, esa fotografía es la de la mayoría de las personas que pasarían por no ser lectoras. Se dice, entonces, que un lector es quien tiene hábitos de lectura... vaya, que lee de manera cotidiana. En realidad, ¿esto es así? Si nos atenemos a lo que significa el término “hábito”: “Modo especial de proceder o conducirse adquirido por repetición de actos iguales o semejantes, u originado por tendencias instintivas”, nada más alejado

al acto consciente. Lo que tales hábitos lectores han originado es un lector consumista, alguien que *lee por leer*, porque se le ha dicho que es bueno leer, sin cuestionar, sin preguntarse por qué o para qué. Son los lectores que compran en las ferias de libros, los que asisten a las presentaciones editoriales, los que compran libros no porque los necesiten sino porque los podrían necesitar. Me recuerdan a mi padre que tomaba un par de pastillas para el dolor de cabeza, no porque le doliera, sino porque le podría doler. Hablo de un lector pasivo, que lee un sinnúmero de libros pero que no encuentra lo que busca, porque se le ha olvidado que leer es pensar, comprender, no lo que contiene un determinado libro, sino su vida. Leer, así como la lectura, no es un fin, es un medio de conocimiento de la condición humana. Así de simple y sencillo. Un medio de conocimiento no es conocimiento. Es un vehículo para crear conocimiento. Y por lo que más quieran, no es entretenimiento. Podemos entretenernos, si entendemos que determinado texto solo sirve para no ocuparnos de otra cosa... Puede divertirnos, si la historia es una crítica de la propia condición humana, una parodia de la vida. Pero debe de quedarnos claro que el fin de la lectura es la vida de uno mismo en comunidad.

No de uno solo. De nada nos sirve que cada uno lea para su “entero” placer. De eso tenemos más que suficiente. Esos “lectores” son las personas por las que apuestan los grandes consorcios editoriales, a quienes necesitan, porque compran lo que sea. Así que antes de generar una campaña en favor de la lectura, quizá sea bueno preguntarse qué tipo de comunidades lectoras se quiere formar, porque de allí parte el tipo de lectura que se quiere promover.

En esta aventura llamada, por algunos sociólogos, sociedad humana, hemos llegado, desde hace ya miles de años a un punto de no retorno en el instante preciso —pudo haber sido en un periodo de siglos— cuando apareció sobre la faz de la tierra lo que entendemos como la cultura del hombre. Desde ese momento sin retorno nos reconocemos como parte de un grupo social. Parafraseando a Alberto Manguel ante una pregunta que hizo sobre por qué estamos juntos, la respuesta de Ronald Wright fue contundente: “¿Qué alternativa tenemos?”

Es cierto, no tenemos alternativa, porque para bien o para mal, somos animales gregarios, hechos de palabras, de historias. Si entendemos que toda sociedad o comunidad humana se define por la afinidad entre sus miembros, así como por su oposición

o diferencia, ¿cómo determina, limita, y amplía el lenguaje la manera de ser y estar en el mundo?

Estas visiones múltiples conforman las fronteras identitarias que incluyen tanto como excluyen, son historias de encuentros y desencuentros que van desde lo personal —*in crescendo* teoría de conjuntos—, hasta la aldea global que actualmente habitamos. Es decir, la literatura, los relatos, las historias no solo pueden participar, sino que de manera permanente intervienen la realidad para transformar el mundo en que vivimos.

Las historias han acompañado al hombre desde que es hombre. De hecho, la historia primigenia fue la de identificar, descubrir y nombrar su entorno. El primer género literario que se escuchó en los orígenes de la humanidad y que dio testimonio de nuestra experiencia en palabras compartidas tuvo que ser la crónica. A partir de ese momento, todo ha sido dicho. La realidad se va conformando mientras se van entretejiendo historias. Somos irremediabilmente contadores y escuchadores de historias. Porque las historias transforman nuestra memoria en experiencias imaginativas.

De ahí que es erróneo señalar que la lectura es una actividad principalmente personal. Nunca lo ha

sido. Su origen tiene que ver con ser esencialmente una práctica social. No existe el “Yo lector”, sino *comunidades lectoras*. Considerar al lector como un ente individual, a quien se le confiere por medio de la lectura su desarrollo, como sujeto intelectual, personal, espiritual y moral, es colocarle un sesgo voluntarista que dista de ser real al excluirlo de toda vinculación de políticas públicas de acceso al entretenimiento, información y aprendizaje, hasta inferir que, por el número de personas alfabetizadas y el nivel de educación de una determinada comunidad, en este caso la guanajuatense, esta sí lee (lo que esto signifique).

Es como si los lectores nacieran por generación espontánea, sin ningún vínculo social, sino por el puro gusto o placer de ser lectores (o por el afán de la burocracia cultural en turno), cuando no hay lector que se precie de serlo sin que tenga una *historia lectora* mucho antes de haber abierto un libro siquiera; los lectores no nacen, se hacen... leyendo (Felipe Garrido *dixit*); leyendo en la casa, en la escuela, con sus padres, con sus maestros, en la parroquia, con los amigos, con los compañeros del trabajo, al asistir a un concierto de música, a una obra de teatro, a una reunión entre vecinos, a una debate o discusión en

una tribuna política, al ver un programa de televisión, leer un periódico, una revista, una historieta; al escribir un correo, un mensaje, unos versos, una receta médica, al escuchar una rola en la radio, un *track* desde el celular, al apreciar una pintura o fotografía, al pulir una madera y cocinar el guisado del día, cuando conversamos... y, por supuesto, cuando leemos un libro.

Lectores somos todos: amas de casa, estudiantes, comerciantes, corredores de bolsa, carteristas, enfermeras, ejecutivos de cuenta, docentes, sacerdotes, políticos, vendedores de lotería, jugadores de fútbol, cocineros, meseros, personal de seguridad, teatreros, bailarines... *Pero el lector debe aprender a leer.* Este es el meollo del asunto. No es una cuestión que tenga que ver con una voluntad en lo particular, sino con una política de Estado. De otro modo, lo que prevalece es un discurso hipócrita porque pretende o simula un interés social, “respetando”, según esto, el derecho individual a su desarrollo como ciudadano. Por esa razón, se apela a la simulación, a las actividades anodinas de animación a la lectura supuestamente dirigidas a los “no lectores”, dizque para hacer “amable”, “divertida”, “ocurrente”, “de moda” a la lectura, sin que importe mucho lo que piensen los supuestos “lectores”

(“Lee, pero no opines”), cuando se nos olvida que la lectura es una excelente herramienta de socialización.

Esta visión individualista de una práctica social ha dado al traste con cualquier programa de promoción de la lectura, porque al parecer en el fondo a este no le interesa brindar herramientas de generación de conocimiento. Porque como ya lo hemos señalado con anterioridad, cuando uno aprende a leer, aprende a pensar.

Daniel Pennac, en su libro *Como una novela* (1992), plasma en un decálogo lo que él considera deben de ser los derechos del lector, siendo el primero de ellos el que reza así: *El derecho a no leer*. Lo que no entendemos es que en ese decálogo, Pennac se refiere a que dichos derechos son exclusivos para los lectores. No son para los no lectores. *El lector tiene derecho a no leer*. Esto obliga a las instancias involucradas en la creación e implementación de políticas sociales a cambiar de enfoque.

Entonces, ¿de qué hablamos cuando hablamos de leer?



## 6. ¿Se trata de hábitos de lectura o de la necesidad de leer?

Si la lectura —partimos de nuevo— es una práctica social, esto también significa que uno puede o no ser lector (retomemos el hecho de que *Todos somos lectores*), es decir, estar consciente o no de dicha práctica, según las circunstancias y motivaciones sociales en las que uno se encuentre inmerso. El grado de conciencia es lo que marca la diferencia entre esa dicotomía (ser o no ser) que tanto daño ha ocasionado en la formación de públicos, en este caso de lectores. Es tendencia pensar, en el ámbito de la promoción de la lectura, que el “lector” y el “no lector” son estadios inamovibles.

Uno puede percatarse de lo anterior, sin mucha dificultad, cuando visita una feria de libro. Guanajuato no es la excepción a la regla, solo es cuestión de recorrer los pasillos de la Feria del Libro y Festival Cultural de la Universidad de Guanajuato o, en su defecto, la Feria Nacional del Libro de León (FeNaL), para observar cómo los respectivos comités organizadores enfocan de una misma manera sendos

aspectos de una sola problemática: su preocupación cada vez mayor por los “no lectores”. Se piensa que dicho sector es el componente mayoritario de asistencia (arroja los números más elevados), y es al que hay que “entretener” porque no tiene “hábitos de lectura” y eso implica un gasto que, sin mucho especular, es mayor al que se tiene comprometido con la otra esfera involucrada, “los lectores”. Se considera que esta última tiene ya el hábito de consumo inoculado, por lo tanto, requiere poca difusión a pesar de que es el tercer componente esencial de una feria de tal índole que se respete, los otros dos son los libros y los autores.

El resto del programa: actividades artístico-culturales, presentaciones editoriales, conferencias, mesas de reflexión, conciertos, concursos, talleres... si se dan, qué bueno, brindan un mayor lucimiento del evento, pero no conforman la esencia de una feria de libros que se precie de serlo (autores+libros+lectores). De hecho, si llega a faltar algún componente de esta terna, la feria deja de ser precisamente una feria de libros; puede ser un tianguis (con la ausencia de los autores), un simposio (con la ausencia de libros) o un taller literario (con la ausencia de lectores). Pero no una feria de libros.

Tal preocupación y el consiguiente mayor gasto se complican cuando se define como lector a aquel individuo que tiene como compromiso personal y voluntario, el hábito de leer: la necesidad de leer.

Es obvio que hablar sobre hábito en la formación de lectores denota una serie de repeticiones que, según la óptica del *Diagnóstico sobre hábitos de lectura en el estado de Guanajuato* (Ediciones La Rana, 2020), conllevan tarde que temprano a la pregunta: ¿por qué la gente no lee cuando cualquier estudiante promedio del país, vive de cerca una realidad “libresca” durante su etapa de formación? En la mayoría de los casos, no se logra despertar el mínimo interés, afectivo o utilitario, en relación con los libros de texto de diferentes disciplinas, temas y hasta géneros literarios que a lo largo de los años –por lo menos 16 años de su vida– pasaron por las manos del niño en la primaria, del adolescente en la secundaria, del joven de preparatoria y adulto en la universidad o estudios superiores. De cuántos libros estamos hablando. No lo sé. Pero ¿de cuántos de ellos guardamos algún recuerdo significativo? En mi caso, lo que en verdad extraño de mi libro de *Álgebra* de Baldor eran las breves crónicas o fichas biográficas de los matemáticos fundacionales.

Esto no es novedad, existen muchos otros ámbitos en los cuales la diferencia radica en la manera en que los hábitos se instalan en la fase de aprendizaje, pero, cosa curiosa, en ningún momento depende de un compromiso estrictamente personal –valgan, por supuesto, las excepciones– por parte del sujeto, sino en la mayoría de los casos lo que se detecta es el esfuerzo, tiempo y disciplina que la comunidad invierte.

Esto es muy fácil de observar en el sector salud, cuando se generan campañas masivas de vacunación no solo se concretan en difundir en todos los medios de comunicación los beneficios que acarrearán tales medidas, sino que estas campañas provienen de diagnósticos, los cuales arrojan datos estadísticos sobre el estado de salud de los diversos sectores de la sociedad mexicana. Todos sabemos que es una obligación vacunar a la población, pero se nos olvida que también se requiere que esta tenga acceso a los bienes y servicios, no solo de dicho sector (clínicas, hospitales, médicos y medicinas), sino también de todos los otros sectores que intervienen en el bienestar social: caminos, puentes, escuelas, electricidad, telefonía, etcétera. Porque mantener la salud depende también del acceso al agua potable, de las carreteras en buen

estado, de la calidad de la Internet y de contar con una escuela digna, por no decir más.

La salud es un hábito por excelencia y por lo que respecta a la salud pública, esta concierne a ese “Conjunto de condiciones mínimas de salubridad de una población determinada, que los poderes públicos tienen la obligación de garantizar y proteger”; es decir, requiere de tiempo, recursos y disciplina. No es un gusto. Es una necesidad. No es divertido y mucho menos placentero. Pregúntenme cuántas enfermeras y enfermeros me tenían que agarrar cada vez que mi madre me llevaba de niño al Centro de Vacunación que me correspondía. Nadie me preguntó si yo quería ser inyectado, si la vacuna por vía oral tenía buen sabor o no. Pero disfruté de mi infancia: corrí, brinqué, perseguí lagartijas, me persiguieron perros, jugué a las canicas hasta que mi madre decía “¡Basta!”, como cualquier niño de mi edad, gracias a que fuimos favorecidos por una política de atención cuya encomienda era y es la de mantener la salud entre la población. Esto tiene que ver, entonces, con diseñar e implementar políticas públicas, y en ese término reside el problema. Para esto es preciso que aquellas instancias gubernamentales y de la iniciativa privada en relación directa con las comunidades tengan el

mismo objetivo: cuidar de la salud de la población. De este modo vemos cómo las escuelas, los medios de transportes colectivos, los centros de trabajo, los grandes comercios de autoservicio y empresas diversas se unen en una cruzada cada año por mantener estándares colectivos de salud. La lectura es muy parecida en sus redes sociales, pero no cuenta con esa tendencia de significación, porque el enfoque sigue siendo individual. Nos enorgullecemos de haber “salvado” un árbol, pero nos olvidamos del bosque.

## 7. No se entrega un título como lector

Nada más cierto que un lector encuentra en la lectura respuestas a sus necesidades de formación, información y entretenimiento; pero también es cierto que en la formación de públicos existen vasos comunicantes que no podemos obviar: los programas de alfabetización, la atención a aquellas personas con capacidades diferentes (ceguera o debilidad visual), la red estatal de bibliotecas públicas en el estado, las salas de lectura, la metodología en la enseñanza aprendizaje que se tiene en el sistema educativo, el acceso a la Internet, la cadena del libro (el editor, el diseñador, el corrector, el impresor, el distribuidor, el vendedor, el promotor, las librerías y, por supuesto, el lector), pero a su vez, la red de casas de cultura, los museos, teatros, universidades y demás centros culturales. Ningún programa por sí solo, a pesar de sus buenas intenciones, podrá erradicar los prejuicios.

Una verdadera política pública es más que la suma de los programas específicos que cada dependencia diseña según lo que considera su campo de acción, porque en la integración el bosque aparece en todo

su esplendor y entendemos el porqué es importante que el sector cultura se involucre en los programas de alfabetización, por qué la red de bibliotecas debe de aparecer en las metodologías de lectura impartidos por el sistema educativo; la vinculación entre los promotores y las redes sociales; el considerar la lectura como parte del bienestar de las familias guanajuatenses; el apoyo a las empresas editoriales locales; el propiciar la apertura de más librerías en la entidad; la relación del trabajo social que realizan los hospitales y clínicas con la labor de los animadores a la lectura; entre un sinnúmero de vinculaciones que se generan cuando existe una verdadera política de atención.

Sorprende que esto último no sea prioridad y que no sea resultante de las conclusiones de un diagnóstico serio sobre hábitos lectores en la entidad. Aquí cabría preguntarse ¿por qué existe tal desconexión entre “enseñar” a leer y escribir, y el hábito por la lectura? ¿Acaso no es preciso estudiar y analizar la vinculación entre los programas educativos (SEG) y las formativas en el rubro de cultura (IECG)?

La realidad es contundente: Se lee poco y no se comprende. Esto habla de una deficiencia importante que no solo involucra a la familia y a la escuela, sino también al bibliotecario, al promotor. Las ca-

pacidades de lecto-escritura que obtiene un alumno son el producto de las herramientas expresivas que ha obtenido de todo el componente de programas. Dividir en dos rubros el campo de acción: la escuela (formal) y la familia (informal), es por lo menos, corto de miras. En el proceso lector no hay una etapa formal y otra informal. No se entrega un título de lector. La lectura no es la finalidad sino una herramienta precisamente de aprehensión de la realidad, de la reinterpretación de esta y de comunicación de una realidad e imaginario, productos del proceso mismo. Si pensamos la lectura como finalidad, le enajenamos su esencia: ser un instrumento del conocimiento que ayuda al individuo a ser y estar en el mundo. La lectura como puro divertimento se convierte en mercancía. Da igual tal autor o título siempre y cuando me entretenga. Es claro que el ser humano necesita “escapar” de vez en cuando de su realidad. No por nada la industria del entretenimiento o del espectáculo en el contexto global reporta año tras año trillones de ganancias. Pero un lector sabe que lo que lee puede no ser real, que una novela histórica no es un libro de historia; que determinado relato de ciencia ficción que nos relata una historia miles de años en el futuro, de lo que en verdad nos

habla es de nuestro presente; que una obra de teatro se puede leer, pero solo en el escenario se vuelve experiencia; que un poema, además de traducir en imágenes el universo interior de un “yo poético”, es un laboratorio del lenguaje. Los géneros literarios no son invenciones de un determinado autor, sino descubrimientos del ser humano de maneras de ver la realidad y de comunicarla. Pero la finalidad sigue siendo la realidad, es decir, la vida de los lectores, no son los libros ni ninguno de los soportes en donde se asiente la cultura escrita.

## 8. Epílogo o retrato de un lector que quemaba libros

*Conozco a personas que “leen” muchísimo, libro tras libro y línea a línea, y a las que, sin embargo, no calificaría de “buenos lectores”. Es cierto que estas personas poseen una gran cantidad de “conocimientos”, pero su cerebro no sabe organizar y registrar el material adquirido. Les falta el arte de separar, en un libro, lo que es de valor para ellos y lo que es inútil, de conservar para siempre en la memoria lo que interesa de verdad y desechar lo que no les reporta ventaja alguna.*

ADOLF HITLER, *Mein Kampf*

Nuestro lector leía con avidez. Se sabía que, por lo menos, un libro cada noche. Consideraba al Quijote entre los grandes libros de la literatura universal, junto con *Robinson Crusoe*, *La cabaña del tío Tom*, *Los viajes de Gulliver*. También tenía las obras completas de William Shakespeare, publicadas en versión alemana por Georg Müller, de 1925. Se sabía, al parecer, *Hamlet* al dedillo. Versado en las Sagradas Escrituras, uno de

sus libros de cabecera era la diatriba antisemita escrita por Henry Ford, *El judío internacional: El principal problema del mundo*. Podemos decir que Adolf Hitler era un coleccionista de libros asistemático, más de la mitad de sus libros no estaban catalogados, pero sí estaba acostumbrado a glosar, subrayar, colocar signos de admiración o interrogación, según fuera el caso. Una de sus primeras lecturas de adulto fue una guía que adquirió por la cantidad de cuatro marcos un lunes gris de finales de noviembre de 1915... tenía veintiséis años y servía con el rango de cabo en el frente occidental. La última, una biografía que leyó semanas antes de su suicidio. Cuando murió a la edad de cincuenta y seis años, poseía una biblioteca estimada en 1600 ejemplares. Actualmente, se puede consultar los libros de su biblioteca personal en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos de Norteamérica.

# ÍNDICE

1. Leer tiene una historia	9
2. Construir un concepto	13
3. ¿Arte vs lenguaje?	17
4. ¿Qué fue primero, la gallina o el huevo?	21
5. Todos somos lectores	25
6. Se trata de hábitos de lectura o de la necesidad de leer	35
7. No se entrega un título como lector	41
8. Epílogo o retrato de un lector que quemaba libros	45

*De qué hablamos cuando hablamos de leer* se terminó de imprimir en  
octubre de 2022 en los talleres gráficos de Custom Printing  
Azafrán # 564, Granjas México. Ciudad de México.  
El tiraje fue de 200 ejemplares.



